

modo convencerse de ello, lo sé, pero ocurre como con todo: un día vemos claro.

Así, nunca conseguí interpretar como llana modestia o indolencia cierta declaración de Ernesto Hemingway cuando le fue concedido el Nobel y sobre su deslumbrante relato «El viejo y el mar»: *Tuve suerte al escribirlo*, se redujo a decir. En un escritor de su vocación y en un hombre de sus exigencias para con la propia sinceridad, esas palabras no podían ser elusivas: eran una aclaración de lo más directa y abarcaban, no importa si inconscientemente, todo un tinglado tan complejo y pendiente del aire como un recién nacido enfermo: el que va desde el hallazgo y, de modo especial, desde la identificación esencial y única del gran tema literario hasta el golpe de vista de su dimensión y tonos aproximados, las mil vicisitudes de su redacción, condicionada siempre a todos los cambios exteriores y—lo que es más grave—a la disponibilidad intuitiva del momento, etc.

Para el verdadero creador, y por supuesto para el científico, la suerte también entra en el juego y las sorpresas son muchas veces tan habituales como el procedimiento; él ya sabe que se dan chascos venturosos y que surgen logros tan puntuales cuanto desdichados de algo que se había propuesto y la lógica recomendaba como eficaz.

No sé qué podrían decir de todo esto los del *nouveau roman* (ya no tan *nouveau* ni tampoco antes); pongamos que cuando, amaneciendo nuestra poesía barroca, los metros menores y las letrillas de ascendencia popular fueron desplazadas por el verso endecasílabo y su flamante mensajería, un poeta sevillano de entre los siglos xv y xvi decide, por apego a las formas tradicionales, desacreditar las innovaciones de estilo (que eran las de Boscán, las de Garcilaso, las de Hurtado de Mendoza). Mente elegante y lúcida, enemigo nato de la ligera vulgaridad que comporta siempre la sumisión a modas dictadas, este poeta resuelve atacar la poesía en boga, pero haciéndolo incluso sin satirizarla ni mofarse visiblemente de ella; bastará, piensa, con escribir algo tan desdeñable y poco jugoso como los modelos últimos de que parte, con redactar una simple imitación de ellos, suficiente ya para demostrar la artera facilidad de la nueva literatura, la inexistencia de sus dificultades, presuntamente nobles.

Tal determinación nace una tarde de verano, entre los amigos y las copas relucientes, en una fiesta de hidalgos juntos al Guadalquivir que todavía recuerda a Motamid y a Ben Zaydún, a Ben Al Labbana y a Pay Gómez Chariño. El hombre se compromete a entregar su composición en la noche siguiente, no va a necesitar más tiempo, y aun a hacer protagonista de ella a la dama que en aquel momento le designen; se elige a una belleza muy conocida en la ciudad y él

queda en llamarla Filis y cumple su palabra: en la noche siguiente entrega a la discreta algazara de los caballeros uno de los más perfectos y conmovidos poemas de amor de todo el mundo de su tiempo.

ESCENA AL SOL Y VATICINIO

Por vivas que sean, la literatura y las crónicas de viajes dan siempre una precaria y desvitaminizada idea de las ciudades o geografías que tratan de entregar. Y es forzoso que sea así porque, bien mirado, ¿en qué páginas, pocas o muchas, nos cabe Venecia?; ¿cómo instalar sobre el papel a París, Buenos Aires o Copenhague, con toda su inabarcable carga de sugerencias humanas y plásticas, con todas sus diferencias aparentes y profundas?; ¿con qué pluma y con qué linotipias transportar *en serio* al lector a Salta, a Compostela, a Hamburgo?...

Conscientes de tal pobreza, y como en esos *travellings* cinematográficos donde, de un vasto panorama general, se pasa a un pequeño detalle del mismo, vamos rápidamente a abarcar primero —porque no hay cámara más diestra que la memoria— un fabuloso Río Janeiro aéreo: aquí están el Corcovado, el Pan de Azúcar, la bahía de Guanabara, la lujuriente vegetación que entra y sale de la ciudad... Recorremos ahora, más limitados, un largo y curvo espacio amarillo, festoneado de airoso edificios: la playa de Copacabana. Es un domingo de julio —pleno invierno carioca, invierno de broma— y luce una mañana espléndida. Nuestro brevísimo vuelo termina aquí, entre este grupo de bañistas, confundidos entre la animada multitud y pendientes ya del venturoso mar que los espera.

¿Y por qué este grupo, precisamente? Fijémonos un poco. Se trata de dos familias, sin duda humildes, que han venido juntas a la playa: han de ser vecinos, amigos, compañeros de faena los esposos... Saltan y bullen, alrededor, los niños: cinco en total y una nena que, de la mano del mayor de los chicos, mira al mar sonriendo. Esta niña es negra y el chico cuya mano aprieta, blanco; sus padres, y los otros niños, son negros y blancos. Y estas dos familias, la de piel oscura y la de piel clara, comparten el sol, la paz, la conversación, la pitanza: toda una fotografía para la primera página de *Life*...

La escena, no tan trivial, nos reaviva ahora una de las sensaciones que más impresión nos dejaron, hace un año, de la —por tantos motivos impresionante— capital del Brasil. En Río, como en casi todo el territorio brasileño, la convivencia de blancos y negros parece admirable. Lo parece: no lo es, o no lo es del todo. Una cosa es que, a diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos, la población de color

y la blanca compartan en Brasil de mil amores los cines, los bares, las viviendas, los medios de transporte, y un asunto muy distinto es que, a la hora de la verdad, el acceso a la gran cultura, a los puestos importantes, a estadios superiores de la vida, le resulte fácil al negro brasileño: éste es otro cantar.

En Norteamérica, «la procesión», el problema racial, se echa a las vías públicas y envenena el rostro de la vida nacional; en Brasil, la procesión va por dentro, tiene otras medidas, se produce en otros planos, seguramente y entre varias causas, porque el negro brasileño, muchísimo menos evolucionado que su hermano del Norte, no ha hecho valer aún todas sus reclamaciones; todavía no ha llegado ni a formularselas; aún está sin clamantes James Baldwin y sin moderadores Martín Luther King... Tal vez no los necesite nunca: es muy posible que cuando sobrevenga en Brasil esta circunstancia reivindicadora —y sobrevendrá antes o después—, el hábito brasileño de buena convivencia racial consiga mitigar, de forma muy considerable, las violencias y represiones que a diario nos remiten, en puntuales fotos y noticias, las agencias estadounidenses.

Por otro lado, la superabundancia de la población negra del Brasil —que es la superabundancia demográfica de color que USA está tratando, claro que en vano, de impedir *at home*— deberá contar también, de modo tácito e implícito y como elemento de fuerza numérica, a la hora de resolver pacíficamente los requerimientos raciales.

Y un tercer factor, que debería reforzar extraordinariamente la benignidad del futuro cambio a que nos estamos refiriendo, es el numerosísimo mestizaje brasileño, que colocará en el centro del problema a millones de criaturas ni negras ni blancas. Este contingente humano, debido a seculares y no interrumpidos lazos de consanguinidad racial, a un antiguo y sólido rechazo del segregacionismo —todo lo contrario de lo que sucedió y sucede en USA, pese a las acertadas medidas de Kennedy y otros gobernantes—, también puede actuar en su momento como amortiguador o mediador natural de la cuestión.

No obstante, y contra la posible efectividad de nuestro modesto vaticinio sobre un tema tan de hoy —y cuyos aspectos brasileño y norteamericano son caras diversas de una misma moneda— conspira un crecido margen de fallo, lo de siempre: la imprevisibilidad del ser humano, los inusitados y contradictorios pasos de su conducta, reacia siempre a cálculos seguros, y mucho más en el terreno colectivo.

Con todo, se nos hace muy cuesta arriba pensar que esas dos familias de la playa de Copacabana (espejo, y no excepción, del buen avenimiento racial del pueblo brasileño llano) vayan a embestirse, color contra color, cuando la sazón de la historia exija en su país —mañana,

pasado mañana—una definitiva paridad de derechos raciales y, claro está, de obligaciones.

SOBRE UN LIBRO ARGENTINO EN EL BANQUILLO

Los escritores Leopoldo Torre Nilsson y Luis Pico Estrada, y el editor Jorge Alvarez, vecinos de Buenos Aires los tres, han conmovido el lánguido verano literario porteño con un suceso ribeteado de escándalo y cuyo margen de comentarios, en extensión y en profundidad, podría rebasar muy por largo los límites de estos apresurados apuntes.

Los términos del hecho se enuncian pronto: dos de los cuentos del libro *Crónicas del sexo*, precisamente los de Torres y Pico, han sido objeto de un juicio a cuyo final impuso el juez seis meses de prisión a ambos narradores, con otros seis meses para el editor responsable, Alvarez. La condena ha promovido una serie de protestas y adhesiones, de litigios y comentarios impresos y orales, y, en estos momentos, los encausados, quienes apelaron legalmente contra el fallo apenas les fue dado a conocer, esperan una revocación del mismo; revocación que seguramente, entre trámites complejos y vastos trasfondos de todo orden—en especial políticos y sociológicos—, tardará en decidirse.

No creemos necesario el conocimiento directo de las dos narraciones que han promovido el caso, para aventurar aquí y ahora algunos tanteos e hipótesis en torno al mismo.

Así, y partiendo de la personalidad de los tres protagonistas del lance, nos encontramos con que son tres hombres de esos que, sin reserva alguna, podemos llamar «de vanguardia». Buen narrador y mejor director cinematográfico—sin duda, el más interesante y difundido de su país con Kuhn y muy pocos más—, un tanto Orson Welles argentino por su abundante aspecto físico, su capacidad creadora y su ajetreado vivir en el mundo internacional del cine con éxitos y premios de importancia, Leopoldo Torre Nilsson, esposo de la también avanzada novelista Beatriz Guido, no puede ofrecer, ni al más cuidadoso empeñado en descubrirlo, un resquicio que no sea de creador duro, sincero hasta la obsesión, de implacable presentador y denunciador de estragos sociales en el doble plano de lo individual-colectivo. A su vez, Luis Pico Estrada, narrador diestro y hondo de las últimas generaciones platenses, sitúa a su obra en una línea semejante. Y en cuanto al joven editor Jorge Alvarez, cuyas candentes y económicas colecciones de ensayo y narrativa anticonvencionales han